

Tristeza en medio de la celebración: Alumno (9/14)

Dr. Justo L. González



Marcos 14
Lecciones Cristianas
26 de abril

Tristeza en medio de la celebración (alumnos)

9 de 14

Texto impreso: Marcos 14:12-25 (RVR 1960)

Propósito de la lección

En la lección de hoy estudiaremos la institución de la Santa Cena. El pasaje es bien conocido.

Pero lo que recalcaremos es cómo en un mismo momento se unen la alegría, el dolor y la esperanza.

Nuestro propósito al estudiarlo será ver cómo nuestra fe ha de ayudarnos en esos momentos en los que parece que nuestras tragedias y dolores son insuperables, sobre todo por cuanto nadie los entiende. El mundo y la sociedad siguen con su vida y sus afanes, y no se detienen cuando la tragedia nos acosa. ¿Qué haremos en tales casos?

Examen de la Escritura

El pasaje es bien conocido, pues este texto, u otro parecido de algún otro libro del Nuevo Testamento, se lee frecuentemente en las celebraciones de la Santa Cena. Se trata de la institución de la Santa Cena, cuando el Señor celebró la cena pascual con sus discípulos.

Eran días de fiesta, pues se celebraba la pascua, es decir, el día en que el ángel del Señor hirió a los primogénitos de Egipto, pero perdonó a los de Israel, con el resultado de que por fin el

Faraón dejó al pueblo de Israel marchar hacia el desierto.

Como todos los judíos en esa fecha, Jesús celebró la cena pascual. Para ello se reunió con sus discípulos. Pero en medio de esa cena ocurrieron dos cosas diferentes.

La primera de ellas fue que Jesús anunció que uno de sus discípulos le iba a entregar. Como era de esperarse, los discípulos se entristecieron, y cada cual preguntó si sería él. Todo lo que Jesús les dice en este texto de Marcos es que quien le entregaría mojaba con él en el plato. Puesto que se acostumbraba que varias personas sentadas cerca mojaran en el mismo plato, esto no decía exactamente quién le entregaría.

La segunda cosa que se destaca, por ser diferente a lo que se acostumbraba en la cena pascual, fue lo que Jesús hizo y dijo al bendecir el pan y la copa. Nos dice Marcos que Jesús tomó el pan y lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos. Hasta aquí no hay nada de extraordinario. Pero entonces Jesús pronunció las palabras sorprendentes, que han sido motivo de muchas controversias teológicas: “Tomad, esto es mi cuerpo”.

Y respecto a la copa hizo algo parecido. Una vez más, oró sobre ella dando gracias. Pero al beberla les dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por vosotros es derramada”.

Aunque Marcos no lo dice, en otros textos del Nuevo Testamento sí se nos dice que Jesús

instruyó a sus discípulos a que celebraran esa cena a partir de entonces en memoria de él (Lc. 22:19; 1 Co. 11:24-25).

Por último, Jesús les prometió a los discípulos que no volvería a beber “del fruto de la vid” hasta que estuviera en el reino. (Una vez más, otros textos dicen hasta que lo beba en el reino con los discípulos: Mt. 26:29.)

Aplicación de la lección

El texto es bien conocido, pues trata sobre la institución de la comunión o Santa Cena. Aunque en nuestras iglesias se celebra la comunión, la mayoría de los evangélicos no sabemos la importancia que ha tenido la comunión a través de toda la historia de la iglesia. En efecto, desde los inicios hasta la fecha relativamente reciente el centro del culto en todas las iglesias fue la comunión. Lo que ha sucedido es que en tiempos recientes, y entre protestantes, se ha subrayado tanto la predicación que la comunión ha quedado eclipsada. La razón por la que se hizo esto es que existían muchas supersticiones en cuanto a la comunión y a otras cosas, y por ello era necesario predicar más para educar mejor al pueblo. Pero a pesar de eso, la comunión siguió siendo una parte esencial del culto y de la vida cristiana para reformadores tales como Martín Lutero en el siglo 16, y Juan Wesley en el 18.

Desafortunadamente, al no prestarle importancia a la comunión los cristianos evangélicos a veces nos privamos de uno de los recursos espirituales más valiosos que Dios nos ha dado. Por

ello, sería bueno que pensáramos un poco más acerca de la comunión y de su importancia para nuestra vida espiritual.

En el texto de hoy, hemos visto a Jesús y sus discípulos en una circunstancia que es muy común: la tristeza en medio de la celebración. Mientras la ciudad entera celebra la pascua, y Jesús y sus discípulos con ella, se cierne sobre ellos el espectro de la traición y de la cruz.

Lo mismo nos pasa frecuentemente hoy. Cuando el dolor nos embarga, nos parece que el mundo sigue con sus celebraciones, o al menos con su insensibilidad, como si nuestro dolor no importara. A veces nos acechan la desesperanza, la duda, la amargura.

En medio de tales situaciones, es importante que recordemos que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado (es decir, precisamente en los momentos de mayor tristeza en medio de la celebración de la pascua) tomó pan, y de ese pan hizo su respuesta a los retos de aquella noche, y su promesa para todas nuestras noches.

Por eso es importante que notemos cómo termina el pasaje que empieza hablando sobre la fiesta de los panes sin levadura, que se celebraba en toda Jerusalén. Tras anunciarles que uno de ellos le va a traicionar, y darles a comer del pan y a beber de la copa, Jesús les prometió a sus discípulos que no volvería a beber del jugo de la vid hasta beberlo nuevo en el reino. Note que el pasaje termina hablando de otra gran celebración: la celebración del reino, del gran banquete

del Cordero, cuando hemos de comer y beber con él.

Luego, lo que el pasaje nos dice es que en aquella noche triste en medio de la celebración general, Jesús les dio a sus discípulos un instrumento para enfrentarse a sus noches futuras: este pan y este vino que son señal, no sólo de la muerte de Jesús por sus discípulos, sino también del reino que ha de venir.

Si al presente, en medio de nuestro dolor, desengaños, dudas, etc., a veces nos parece que las celebraciones de la vida pasan de largo sin ocuparse de nosotros y nosotras, sepamos y recordemos, celebrando la Cena del Señor, que nos ha sido prometida una celebración sin igual.

Oración

Gracias, Dios nuestro, por tu Hijo, quien entregó su cuerpo y vertió su sangre para darnos vida, y quien nos promete que estaremos con él en el día del Banquete Final, cuando toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor. En su nombre y en su amor oramos. Amén.